

HE ARDIDO

POÉTICA DE LA EXISTENCIA
ÉTICA DE LA CONVIVENCIA
ESTÉTICA DE LA ARMONÍA



“*La vida no nos pertenece;
nos atraviesa.
Nuestra obra consiste
en devolverla al mundo
un poco más luminosa
de como la recibimos.*”

Fco. Muñoz-Martín



POEMARIO

VERSOLUMEN

Poética de la existencia

Ética de la convivencia

Estética de la armonía

Francisco Muñoz-Martín

**"La vida no nos pertenece; nos atraviesa.
Nuestra obra consiste en devolverla al mundo
un poco más luminosa de como la recibimos."**

Prólogo

La llama que pasa

Hay libros que nacen para contar una historia y otros que nacen para formular una pregunta. Este pertenece a los segundos.

La pregunta es antigua y, sin embargo, cada ser humano debe responderla por primera vez: **¿qué significa vivir bien una vida?**

No basta con respirar, acumular años o atravesar el tiempo. Vivir es un oficio. Tal vez el más complejo y el más hermoso de todos. Nadie recibe un manual para ejercerlo. Cada existencia aprende mientras avanza, entre aciertos y errores, entre pérdidas y descubrimientos, entre la alegría de los encuentros y la lenta pedagogía de las despedidas.

Desde que nuestros antepasados descubrieron el fuego, la humanidad comprendió, quizá sin saberlo, que había recibido mucho más que una herramienta para sobrevivir. El fuego se convirtió en la gran metáfora de la existencia. Calienta o destruye. Ilumina o ciega. Reúne a las familias alrededor del hogar o devora los bosques cuando nadie lo cuida. Cada generación recibe esa llama de quienes la precedieron y tiene la responsabilidad de entregarla, transformada por su experiencia, a quienes vendrán después.

Este libro nace de esa imagen.

No pretende enseñar una filosofía ni ofrecer respuestas definitivas. Aspira únicamente a acompañar al lector en tres movimientos que pertenecen a toda vida humana.

El primero es la **poética de la existencia**: aprender a mirar el mundo con asombro, aceptar la fragilidad como condición de la belleza y descubrir que cada persona posee una pequeña porción de fuego irrepetible.

El segundo es la **ética de la convivencia**: comprender que ninguna identidad florece en soledad. Vivimos gracias a quienes nos sostuvieron antes de saber caminar; maduramos en la amistad, en el amor, en la paternidad, en el cuidado, en el trabajo compartido y en la palabra ofrecida. La verdadera grandeza no consiste en brillar más que los demás, sino en ayudar a que otros encuentren su propia luz.

El tercero es la **estética de la armonía**: ese raro momento en el que dejamos de luchar contra el tiempo para comenzar a dialogar con él. La armonía no elimina el dolor, ni evita la pérdida, ni promete una felicidad perpetua. Es otra cosa: la serena reconciliación entre lo que hemos sido, lo que somos y aquello que ya no podremos llegar a ser. Tal vez la belleza más profunda consista precisamente en aceptar esa condición finita sin renunciar al amor ni a la esperanza.

Los poemas que siguen no están escritos para levantar un monumento a una vida concreta. Están escritos para celebrar aquello que todas las vidas pueden compartir cuando se viven con autenticidad: el deseo de comprender, la necesidad de amar, la alegría de crear, el valor de cuidar, la dignidad de caer y levantarse, y la humilde gratitud de haber formado parte, durante un instante irrepetible, de la aventura humana.

Si alguna convicción atraviesa estas páginas es sencilla: nadie es propietario de la luz que recibió. Somos, apenas, sus custodios temporales. Lo mejor de nosotros no consiste en conservarla, sino en transmitirla. Una palabra justa, un gesto de compasión, un árbol plantado, una canción compartida, un hijo abrazado, un paciente escuchado, un desconocido consolado o una obra creada con honestidad pueden convertirse en la forma silenciosa en que esa llama continúa viajando de una generación a otra.

Quizá por eso este libro habla tanto del fuego y del agua, de los árboles y de los pájaros, del viento, de la música y del horizonte. La naturaleza conoce desde siempre una verdad que los seres humanos olvidamos con frecuencia: nada vive para sí mismo. Todo cuanto existe participa en una inmensa corriente de intercambio, transformación y continuidad. También nosotros.

Ojalá el lector no encuentre aquí únicamente mis palabras. Ojalá encuentre las suyas. Que alguno de estos poemas le recuerde un rostro amado, una pérdida aceptada, una reconciliación pendiente, una alegría olvidada o un sueño que todavía merece ser vivido. Si eso sucede, el libro dejará de pertenecer a quien lo escribió para convertirse en parte de la experiencia de quien lo lee.

Entonces habrá cumplido su verdadero destino.

Porque la vida nunca fue una posesión.

Siempre fue una llama recibida,
custodiada durante un breve instante,
y entregada,
con gratitud,
a las manos del porvenir.

PRIMERA PARTE

POÉTICA DE LA EXISTENCIA

La existencia no es solamente estar en el mundo.
Es aprender a arder sin consumirlo,
a descubrir una voz propia,
a aceptar la fragilidad como condición de toda belleza.

1. He ardido

2. Porque viví

3. Sin deuda con la vida

4. Mi parte de fuego

5. Confesión de un hombre vivo

6. El oficio de vivir

7. La vida cumplida

INTERLUDIO I

La primera llama

No nacemos con un destino.

Nacemos con una chispa.

Toda la existencia consiste
en decidir
si esa luz servirá para quemar,
para calentarnos solamente
o para iluminar el camino de otros.

Al final,
la verdadera biografía
cabe en una sola pregunta:

¿Qué hicimos con el fuego recibido?

1. He ardido

He ardido.

No como arde la soberbia
cuando se imagina sol.

Ardí
como la madera humilde
que acepta convertirse
en calor para otros.

Fui llama,
pero también ceniza fértil.

Fui herida,
pero aprendí
a dejar pasar la luz.

Y si algo queda de mí,
que no sea monumento.

Que sea brasa.

Que sea pan.

Que sea una lámpara encendida
en la mano de quienes vienen

detrás de nosotros.

2. Porque viví

Porque viví,
no necesito explicarme.

La vida
me puso barro en los zapatos,
lluvia en la frente,
temblor en la palabra.

Amé lo imperfecto.

Perdoné tarde,
pero perdoné.

Canté incluso
cuando la noche
me atenazaba la garganta.

Y ahora puedo decirlo
sin orgullo y sin derrota:

no pasé de puntillas
por la tierra.

Palpé la vida.

Y la vida
me dejó sus huellas.

3. Sin deuda con la vida

No le debo nada a la vida.

Ni ella me debe nada a mí.

Nos miramos de frente
como dos viejos caminantes
que han compartido
pan, intemperie y silencio.

Me dio hijos,
heridas,
árboles,
música,
pérdidas,
amigos,
desiertos,
asombros.

Yo le di
mi pulso entero.

No hubo contrato.

Hubo entrega....

¿Será eso bastante?

4. El fuego entregado

No guardé la llama
para calentar mi sombra.

La llevé
de mano en mano,
de hijo en hijo,
de palabra en palabra.

La puse
en la mesa de los tristes,
en la mirada de los pacientes,
en la canción que aún no sabía nacer.

El fuego
no pertenece a quien arde.

Pertenece
a quien aprende a iluminar
sin quemar.

Por eso me iré tranquilo:

algo de mí
seguirá encendido
en otros inviernos.

5. Cambio de orilla

No digáis que desaparezco.

Sino que cambio de orilla.

El río conoce
otros nombres del agua.

La muerte no es un muro
si la vida ha sido puente.

Cruzaré despacio,
sin equipaje,
con la luz doblada
en el bolsillo del alma.

Y cuando preguntéis por mí,
mirad el cauce.

Allí donde el agua
no se detiene,

seguiré existiendo.

6. La luz que persiste

Hay una luz
que no depende del sol.

Vive debajo
de las palabras justas.

Respira
en los gestos pequeños.

Se queda
cuando el cuerpo se retira.

Esa luz
no vence a la muerte
con ruido.

La vence
persistiendo.

Un día
mi nombre será apenas
una brizna en vuestra memoria.

Pero si alguien
enciende otra lámpara
con una palabra mía,

entonces habré renacido.

SEGUNDA PARTE

ÉTICA DE LA CONVIVENCIA

Ninguna vida se realiza en soledad.

Somos hijos,
padres,
amigos,
amantes,
maestros,
discípulos,
compañeros de viaje.

Toda identidad termina pronunciándose
en plural.

8. El fuego entregado

9. Árbol cargado de pájaros

10. Hoguera en cuatro ríos

11. Nada queda sin canto

12. Legado de lluvia y fuego

13. Testamento de brasas

INTERLUDIO II

Los nombres del nosotros

No heredamos solamente la sangre.

Heredamos palabras.

Miradas.

Canciones.

Los árboles enseñan
que ninguna rama
crece para sí misma.

Cada hoja
trabaja silenciosamente
para sostener el bosque.

También el ser humano
alcanza su verdadera altura
cuando descubre
que vivir
es convertirse
en un refugio.

7. Árbol cargado de pájaros

Quise ser un árbol.

No una torre.

Un árbol.

Con raíces
metiéndose en la memoria,
con ramas abiertas
al desorden del cielo.

Y llegaron los pájaros.

Unos cantaron.

Otros huyeron.

Algunos hicieron nido
en mis cicatrices.

Comprendí entonces
que vivir
no era conservar la forma,

sino ofrecer sombra,
fruto,
rama,
vuelo.

Un árbol no termina
donde acaba su tronco.

Termina
donde empiezan sus rizomas

y el trinar de los pájaros.

8. Donde el sol se aleja

Cuando el sol se aleja
no todo se oscurece.

Hay tardes
que enseñan a mirar
sin deslumbramiento.

La luz última
es más sabia:
no presume,
no hiere,
no manda.

Se posa.

Besa las cosas
como quien se despide
sin romperlas.

También yo
aprendo esa forma
de partir:

bajar la voz,

dejar sombras de oro
en los bordes,

y volverme horizonte.

9. Mi parte de fuego

No tuve todas las llamas del fuego.

Tuve mi parte.

Una chispa
entre dos edades.

Una llama breve
contra el gran frío del mundo.

La cuidé
como pude.

A veces ardió limpia.

A veces
se llenó de humo.

Pero fue mía.

Y la entregué
a quienes amé,
a quienes escuché,
a quienes encontraron
en mi palabra
un poco de refugio.

Mi parte del fuego
ya no me pertenece.

pero sigue viva...
y sigue ardiendo

10. La puerta del viento

Hay una puerta
que no se abre con llaves.

La empuja el viento.

La reconocen
los que han vivido bastante
para no temer al misterio.

Está al fondo
de la casa del tiempo.

No cruje.

No amenaza.

Solo convoca.

Cuando llegue a ella,
no pediré explicaciones.

Entraré
como entra la música
en una habitación vacía:

sin cuerpo,

pero llenándolo todo.

11. Testamento de brasas

No dejo oro.

Dejo brasas.

No dejo certezas.

Dejo preguntas
con mucho desasosiego dentro.

No dejo una estatua
mirando al pasado.

Dejo semillas
para que discutan
con la lluvia.

Tomad mis errores
y hacedlos tierra.

Tomad mis canciones
y cambiadles la música.

Tomad mi fuego,
pero no mi sombra.

Vivid más y más lejos.

Arded de pasión.

Exprimid el tiempo.

12. Después de haber ardido

Después de haber ardido,
uno comprende
la dignidad de la ceniza.

No es derrota.

Es memoria
del fuego trabajando.

La ceniza sabe
lo que la llama ignora:

que todo fulgor
debe aprender a bajar
hasta la tierra.

Yo también bajo.

Sin estrépito.

Sin corona.

Con la serenidad
de quien fue incendio
y ahora acepta
ser fertilidad.

13. El oficio de vivir

Vivir fue mi oficio.

No siempre supe hacerlo.

A veces rompí
la herramienta del día.

A veces confundí
el amor con urgencia,
la verdad con cuchillo,
el silencio con huida.

Pero volví
a la tarea.

Levanté palabras.

Cuidé dolores.

Planté árboles.

Encendí canciones.

Y en la humilde artesanía
de seguir respirando,

aprendí que vivir
no es durar:

es dar forma
a la luz
antes de que se apague.

14. Hoguera en cuatro ríos

Cuatro ríos
surgieron del deseo.

Cada uno
con su cauce,
su música,
su piedra secreta.

No quise poseerlos.

El agua poseída
se estanca y se pudre.

Los vi crecer
hacia su propia desembocadura.

Les di calor,
pero no un camino.

Les di nombre,
pero no un destino.

Ahora sé
que la sangre
no termina en la familia.

Continúa
cuando un hijo
lleva una brasa
hacia su propio amanecer.

TERCERA PARTE

ESTÉTICA DE LA ARMONÍA

Cuando el miedo pierde autoridad,
la vida deja de luchar contra el tiempo
y comienza a dialogar con él.

La serenidad no es resignación.

Es música.

Es la forma más alta
de la inteligencia del corazón.

14. La luz que persiste

15. Donde el sol se aleja

16. La puerta del viento

17. Cambio de orilla

18. Después de haber ardido

19. Cuando el horizonte me nombre

20. Antes de la última música

INTERLUDIO III

El relevo de la luz

El agua nunca conserva
la forma de los ríos.

El fuego
nunca conserva
la forma de las llamas.

La música
nunca permanece
en el aire que la hizo posible.

Y, sin embargo,

el río continúa.

El fuego continúa.

La canción continúa.

Quizá la eternidad
consista únicamente
en esa delicada costumbre
de ir pasando la luz
de unas manos
a otras.

15. Nada queda sin canto

Nada queda sin canto
si alguien escucha.

Incluso la herida
tiene una música oscura.

Incluso la pérdida
deja un acorde
temblando en la madera.

Yo escuché
lo que otros callaban.

Puse oído
donde había defensa.

Puse palabras
donde había niebla.

Y aprendí
que cantar
no es adornar la vida,

sino rescatarla
de su propio silencio.

16. Legado de lluvia y fuego

Dejo lluvia
para las semillas.

Dejo fuego
para las noches.

No sé cuál de los dos
me ocupó más.

Quizá vivir
consista en eso:

arder sin secar la tierra,

llover sin apagar la llama.

Amé
con torpeza y sinceridad.

Creé
con hambre de claridad.

Y si algo mío
ha de permanecer,

que sea esa alianza:

agua que fecunda,

y fuego que despierta.

17. Cuando el horizonte me nombre

Cuando la memoria me nombre,
no respondáis con llanto.

Decid solo:

fue hacia la luz.

No porque la mereciera,

sino porque la buscó
incluso entre las ruinas.

Llevadme
en una palabra sencilla.

En un gesto de ternura.

En una canción
mal cantada... pero viva.

Porque nadie se va del todo
si deja encendida
una forma de mirar.

Cuando la memoria me nombre,
dejadme pasar.

18. Confesión de un hombre vivo

Confieso que viví a mi manera

Con miedo.

Con deseo.

Con dudas
mordiendo los bordes del alma.

Confieso que amé
sin saber siempre
cómo en realidad se ama.

Confieso que herí a más de uno.

Que reparé a muchos.

Que caí, me levanté,
y no siempre aprendí
a la primera.

Pero siempre me sentí vivo.

Terriblemente vivo.

Con el corazón lastimado,
lleno de polvo y relámpagos.

Todo eso,
ante la noche final,

confieso

que fue siempre verídico.

19. La vida cumplida

La vida cumplida
no es una vida perfecta.

Es una vida
que no se escondió
de su propia intemperie.

Una vida
que aceptó el barro
sin renunciar al cielo.

Una vida
que supo pedir perdón,
plantar árboles,
abrazar hijos,
escuchar heridas,
cantar cuando dolía.

No he terminado todo.

Nadie termina.

Pero he dejado
mi parte de luz
sobre el tablero.

Para que alguien,
que pueda,
tal vez la use.

20. Antes de la última música

Antes de terminar el concierto,
quiero escuchar
el rumor de los míos.

No discursos.

No aureolas.

Solo sus voces
cruzando nuestra casa
como pájaros de la tarde.

Quiero saber
que la llama sigue viva.

Que el agua continúa.

Que alguna palabra mía
todavía sirve
para encender velas.

Después de todo,
que venga el silencio.

Yo habré vivido.

Y la música,
si fue verdadera,

sabrá seguir cantando
sin mí.

EPÍLOGO

Que siga el fuego

No me busquéis
en la piedra.

Buscadme
en las semillas.

En los árboles.

En la risa de los hijos.

En las manos
que todavía creen
que un gesto de bondad
puede cambiar una tarde.

Si alguna palabra mía
os acompaña
cuando llegue la noche,

no levantéis un monumento.

Encended otra lámpara.

Porque la vida
nunca fue una posesión.

Siempre fue

un relevo de claridad.

Esta arquitectura tiene una virtud adicional: las tres partes dialogan con una tradición filosófica muy antigua sin resultar académicas. La **existencia** remite a la pregunta por el ser; la **convivencia**, a la dimensión ética y relacional; y la **armonía**, a la belleza entendida como reconciliación entre el ser humano, los otros y el mundo.

Eso convierte el poemario en algo más que un libro elegíaco: lo acerca a una **poética humanista**, donde psicología, filosofía y poesía confluyen de manera natural.